

del mes mas caluroso, ha sido en la Guaira, cerca de  $29^{\circ}, 3$ ; en Cumaná, de  $29^{\circ}, 1$ ; en Vera Cruz, de  $27^{\circ}, 7$ ; en el Cairo, segun Nouet, de  $29^{\circ}, 9$ ; en Roma, de  $25^{\circ}, 0$ . La media del año entero, segun buenas observaciones calculadas cuidadosamente, es en la Guaira, sobre  $28^{\circ}, 1$ ; en Cumaná,  $27^{\circ}, 7$ ; en Vera Cruz,  $25^{\circ}, 4$ ; en Havana,  $25^{\circ}, 6$ ; en Rio-Janeiro,  $23^{\circ}, 5$ ; en Santa Cruz de Tenerife, situada por los  $28^{\circ}, 28$  de latitud, pero pegada como la Guaira á una muralla de rocas,  $21^{\circ}, 9$ ; en el Cairo,  $22^{\circ}, 4$ ; y en Roma,  $15^{\circ}, 8$ .

Del conjunto de estas observaciones resulta, que la Guaira es uno de los puntos mas cálidos de la tierra; que la cantidad de calor que recibe este lugar durante el curso de un año, es un poco mayor que la que se experimenta en Cumaná; pero que en los meses de noviembre, diciembre y enero, á igual distancia de los dos pasos del sol por el zenit de la ciudad, la atmósfera se refresca mas en la Guaira.

Quando yo me hallaba en la Guaira solo habia dos años que se conocia en dicha ciudad la terrible plaga de la fiebre amarilla; todavia no ha-

bia sido muy grande la mortandad porque la afluencia de los extrangeros era menor que en la Havana y la Vera Cruz. El veritable typhus de América conocido bajo los nombres de vómito negro, y fiebre amarilla, y que debe considerarse como una afeccion morbífica *sui generis*, no se conocia en las costas de Tierra-Firme sino en Porto-Cabello, Cartageha de Indias y en Santa Marta, donde Gastelbondo lo habia observado y descrito desde el año 1729. Los españoles últimamente desembarcados y los habitantes del Valle de Caracas no temian entonces la mansion en la Guaira; solamente se quejaban de los calores excesivos que reinan durante una gran parte del año.

Desde el de 1797, todo ha cambiado de aspecto: el comercio fué abierto á otros buques que los de la metrópoli: y comenzaron á frecuentar la Guaira marineros nacidos en países mas frios que la España y por consiguiente mas sensibles á las impresiones climatéricas de la zona tórrida. Declaróse la fiebre amarilla; algunos Americanos del norte, atacados del typhus fuéron admitidos en los hospitales españoles, y



no dejó de decirse que ellos habian introducido el contagio y que antes de haber entrado en la rada se habia declarado la enfermedad á bordo de un bergantín que venia de Filadelfia. El capitán de este Barco negaba el hecho y pretendia que lejos de haber introducido el mal, lo habian tomado sus marineros en el mismo puerto.

Por lo sucedido en Cadiz en 1800, se sabe cuan difícil es aclarar unos hechos cuya incertidumbre parece favorecer teorías diametralmente opuestas. Los habitantes mas instruidos de Caracas y la Guaira, divididos, como los médicos de Europa y de los Estados Unidos, sobre el principio del contagio de la fiebre amarilla, citaban al mismo navio americano, para probar, los unos, que el typhus venia del exterior, y los otros, que habia tenido su origen en el mismo país. Los que abrazaban este último partido, admitian una alteracion extraordinaria de la constitucion admosférica causada por la inundacion del rio de la Guaira. Yo he examinado atentamente el álveo de dicho torrente de la Guaira, y no he visto sino un terreno árido, grandes trozos de piedras esquita, desprendidos de la sierra

de Avila, y nada que pudiese haber alterado la pureza del aire.

Desde los años 1797 y 1798, en que hubo una enorme mortandad en Filadelfia, Santa Lucía y Santo Domingo, ha continuado sus estragos la fiebre amarilla en la Guaira. Así como el vómito negro, encuentra sobre las montañas del Méjico en el camino de Jalapa, un límite inaccesible en Encero, á 476 toesas de altura, donde comienzan las cordilleras y el clima fresco y delicioso; así la fiebre amarilla no pasa la cadena de montañas que separa la Guaira del valle de Caracas. La cumbre y el cerro de Avila son un baluarte muy útil para la ciudad de Caracas, cuya elevacion excede un poquito la del Encero, aunque su temperatura media es superior á la de Jalapa.

El typhus de América parece reducido al litoral, sea porque allí desembarcan los que le llevan, y porque se almacenan los géneros que se suponen impregnados de miasmas mortíferos, sea porque en las playas del mar se forman emanaciones gaseosas de una naturaleza particular. El aspecto de los lugares donde este ty-



phus ejerce sus estragos parece muchas veces disipar toda sospecha de un origen local ó endémico : se le ha visto reinar en las islas canarias, en las Bermudes y en las pequeñas Antillas en lugares secos y conocidos anteriormente por la salubridad de su clima. Los ejemplos de la propagacion de la fiebre amarilla en lo interior de las tierras parecen muy dudosos en la zona tórrida, y tal vez se ha confundido esta enfermedad con las fiebres remitentes biliosas. En cuanto á la zona templada donde el carácter contagioso del typhus de América es mucho mas pronunciado, se ha extendido el mal muy lejos de las costas y aun de puntos muy elevados y expuestos á vientos frescos y enjutos, como en España ha sucedido en la Carlota, en Medina Sidonia, y en la ciudad de Murcia.

Despues de que se ha visto que la fiebre amarilla hacia tan crueles estragos en la Guaira, ha habido muchos que han exagerado la poca limpieza de esta pequeña ciudad, como se exagera la de Vera Cruz y de los muelles ó *Warfs* de Filadelfia. En un lugar, cuyo suelo es extremadamente seco, y desprovisto de vegetacion, donde apenas caen

algunas gotas de agua en siete u ocho meses, las causas que producen lo que se llama miasmas mortíferos, no pueden ser muy frecuentes. Las calles de la Guaira me han parecido en general bastante limpias á excepcion del barrio de las Carnicerias : la rada no ofrece una de aquellas playas donde se amontonan despojos de fucos y de moluscos; pero la costa vecina, que se prolonga al este hácia el cabo de Codera y por consiguiente al viento de la Guaira, es mal sana en extremo. Las fiebres intermitentes pútridas y biliosas reinan con frecuencia en Macuto y en Caravalleda; y cuando de tiempo en tiempo, es interrumpida la brisa por un viento del oeste, entónces la pequeña bahia de Catia (que despues nombraremos á menudo), envia hácia la costa de la Guaira un aire cargado de emanaciones pútridas, á pesar de la muralla que opone el Cabo blanco.

Los vientos del norte que traen un aire frio del Canadá hácia el golfo de Méjico, hacen cesar periodicamente la fiebre amarilla y el vómito negro en la Havana y en Vera Cruz; pero la extrema igualdad de temperatura que caracte-



riza el clima de Porto-Cabello, de la Guaira, de Nueva Barcelona y de Cumaná, hace temer que un dia se haga allí permanente el typhus, cuando por una grande concurrencia de extranjeros, haya tomado un alto grado de exacerbacion. He hallado la latitud de la Guaira á  $10^{\circ} 36' 19''$  y la longitud  $69^{\circ} 26' 13''$ . La inclinacion de la brújula era el 24 de Enero de 1800, de  $42^{\circ} 20'$ ; su declinacion al nordeste,  $4^{\circ} 20' 35''$ .

Se teme mucho en la Guaira la accion viva del sol sobre las funciones cerebrales, especialmente en la época en que la fiebre amarilla comienza á parecer. Hallándome yo un dia en el terrado de mi casa, para observar el medio dia y la diferencia de los termómetros al sol y á la sombra, vi aparecer detras de mí un hombre que me instó vivamente á que tomase una pocion que traia ya preparada. Este era un médico que me habia visto desde su ventana hacia una media hora, estar con la cabeza descubierta expuesto á los rayos del sol; aseguróme que siendo yo nacido en un pais muy septentrional, y despues de la imprudencia que acababa de cometer, debia indubitablemente experimentar en aquella

misma tarde, los síntomas de la fiebre amarilla, si me obstinaba en no querer tomar un preservativo. Esta prediccion, aunque muy seria, no me alarmó, pues ya me creia aclimatado desde mucho tiempo; ¿pero como no ceder á las instancias motivadas por tan benéfico interés? Traguéme pues la pocion, y el médico me contó tal vez en el número de los enfermos que habia salvado en aquel año.

Despues de haber descrito el sitio y la constitucion atmosférica de la Guaira, dejaremos la costas del mar de las Antillas para no verlas tal vez mas hasta nuestro regreso de las misiones del Orinoco. El camino que conduce del puerto á Caracas, capital de un gobierno de cerca de 900,000. habitantes, se parece á los pasos de los Alpes, á los caminos del San-Gothard y del gran San Bernardo. Cuando en la estacion de los grandes calores se respira el aire abrasador de la Guaira y que se vuelve la vista hácia las montañas, no se puede menos de considerar con admiracion que á la distancia directa de cinco á seis mil toesas, una poblacion de 40,000 almas reunida en un valle estrecho, se goza de la frescura de la



primavera y de un temperamento que de noche baja á 12° del termómetro centesimal. La elevación de Caracas no es sino el tercio de la de Méjico, de Quito y de Santa Fe de Bogota; pero entre todas las capitales de la América española que en medio de la zona tórrida tienen un clima fresco y delicioso, Caracas es la mas próxima á las costas, con la ventaja de tener un puerto de mar á tres leguas de distancia y de estar situada entre las montañas en una llanura elevada que produciria trigo, si se preferiese su cultura á la del árbol del café.

El camino de la Guaira al valle de Caracas es mucho mas bello que el de Honda á Santa Fé, y el de Guyaquil á Quito, y está tambien mucho mejor conservado que el antiguo camino que conduce del puerto de Vera Cruz á Perote sobre la falda oriental de las montañas de la Nueva España. Con buenas mulas no se necesita mas de tres horas para ir del puerto de la Guaira á Caracas ni mas de dos horas para la vuelta: con mulas de carga ó á pie el camino es de cuatro á cinco horas. Al principio se sube una cuesta de rocas extremadamente rápida, y

que tiene sus puntos de alto ó parada, llamados Torre-quemada, Curucuti y el Salto, en una grande Venta situada á 600 toesas sobre el nivel del mar. La denominacion de Torre-quemada, indica la viva sensacion que se experimenta al bajar hácia la Guaira, donde sofoca el calor que despiden los muros de las rocas, y las áridas llanuras sobre las cuales se pierde la vista.

Dicha venta, goza ya de alguna celebridad en Europa y en los Estados Unidos por la belleza de su situacion; y en efecto, cuando las nubes lo permiten, este punto ofrece una vista magnífica sobre el mar y las costas vecinas: descúbrese un horizonte de mas de veinte y dos leguas de radio, y se deslumbra la vista por la masa de luz que reflecta el litoral blanco y árido. Se vé á los pies el cabo Blanco, el lugar de Maiquetia con sus cocoteros, la Guaira y los buques que entran en el puerto. Desde la venta se suben todavia mas de 150 toesas para llegar al Guayavo, que es casi el punto culminante del camino. Desde el Guayavo se recorre durante una media hora una llanura bastante lisa cubierta de plantas alpinas, llamada *las Vueltas* á causa de sus si-



nuosidades, y en este camino se divisa por primera vez la capital, situada á trescientas toesas mas abajo, en un valle ricamente plantado de árboles del café y de frutales de Europa.

El *gneiss* del valle de Caracas está caracterizado por los grenates verdes y rojos que desaparecen en la parte que la roca pasa al esquita micáceo. En las cercas de los jardines de Caracas, construidas en parte con fragmentos de *gneiss*, distinguen muchos de un bello rojo y un poco transparentes, pero muy difíciles de desprender. Cerca de la cruz de la Guaira á media legua de Caracas, me ha ofrecido tambien el *gneiss* vestigios de cobre azulado, diseminado en las vetas de cuarzo y en las pequeñas capas de grafite ó hierro carbonizado terroso. Este último deja trazas sobre el papel, y se encuentra en masas bastante grandes á veces mezclado al hierro espato, en el barranco de Tocume al oeste de la Silla.

<sup>1</sup> Cobre carbonizado azul.

## CAPÍTULO XII.

Vista general sobre las provincias de Venezuela. — Diversidad de sus intereses. — Ciudad y valle de Caracas. —  
Clima.

La importancia de una capital no depende únicamente de su población, de su riqueza y de su situación; para apreciarla con alguna exactitud es necesario considerar la extensión del territorio que depende de ella, la masa de producciones indígenas que forman el objeto de su comercio, y las relaciones en que se encuentra con las provincias sumisas á su influencia política. Estas diversas circunstancias se modifican, por la unión, mas ó menos estrecha, de las colonias con su metrópoli; pero es tal el imperio de las costumbres y tales las combinaciones del interes comercial, que es de preveer que esta influencia de las capitales sobre el pais circunvecino, estas asociaciones de provincias fundidas